

... para el porvenir de Sigognac la union con el mundo
 dia rechazado siempre pero entones que un dia de cambio
 de fortuna y oporunidad se veia colmada de todos los bienes que
 pueden desearse a fin de poder ser reconocido con un grado
 a quien se la habia debido cuando se veia despreciada y por
 que por consiguiente como un patas de la no comparaba su pro-
 peridad con el comparate de su miseria. Pero todo cuanto
 ella podia hacer era guardarle una inalterable fidelidad
 pues no se atrevia a hablar a favor de el ni al principio ni a
 Vallombreuse solo tenia de nababa que cosas buenas a la
 y en la que a usar de una intencion
 maliciosa tardó a pesar suyo. Isabel Vallombreuse
 cuando no habia en el obsequio de Sigognac des-
 anstese restablecido por fin completamente a su libe-
 ridad un paso a caballo por el bosque y a las diez se
 dirigieron por una alameda a las copas de los sauces a las
 diez se miran en forma de árboles en el campo y
 cambian en el campo de árboles en el campo y
 de regreso al castillo el duque dijo a Isabel: se operan
 o me halla ya restablecido del todo por lo tanto podre
 permito para salir sola a la vez ados. En un momento
 por como las cosas restablecidas de la vida abandonada
 que si tengo necesidad de la vida y de algunos dias
 respondio con abandono Vallombreuse: me volvera un
 el efecto del dia siguiente despues de despedirse del prin-
 cipe, quien no puso la menor objecion, y la habiendo don-
 to se dirigian a un punto de la isla. «Hasta la vista la herma-
 nita, quedaria contenta de mi si el poder darme un refugio
 biese tenido suficiente grandeza de alma para perdonar la
 generosidad no exigia que le amase y le admitiese en la fa-
 milia. Era preciso pues renunciar a toda esperanza de recon-
 ciliacion. Por otra parte el principe no veria jamás con bue-
 nos ojos al que habia puesto en peligro la vida de su hijo.
 Estas reflexiones sumerjian a Isabel en una melancolia que
 en vano la joven trataba de sacudir. Mientras permaneció en
 su estado de comediante, se habia considerado como un obs-

CAPITULO XIX.

ORTIGAS Y TELARAÑAS.

Como el conde de Harodas era prudente, Sigognac resolvió
 seguirlo por una parte, desde que Isabel se habia transfor-
 mado en conde en señora de este rango, cada le reconvia ya
 y aminor el tono, como si fuera de un rango inferior.
 en la comedia. Era preciso despreciar por algun tiempo
 sepultarse en el olvido, hasta que los rumores levantados por
 la muerte probable de Vallombreuse se hubiesen adormi-
 do. Asi es que despues de haberse despedido, no sin experi-
 mentar cierta emociion de aquellos honrados cómicos que
 tantas pruebas de afecto le dieron, Sigognac se alejó de Pa-
 ris, montado en un ligero jaco, con los bolsillos bien provistos
 de pistolas, producido de su parte de beneficencia. A pocas
 jornadas se dirigió hacia su arruinado castillo, donde morada
 donde podia refugiarse. En su desesperacion, experimentaba
 una especie de placer al regresar a la pobre morada de su
 padres, que tal vez habiera hecho mejor en no abandonar.
 En efecto, su fortuna no habia mejorado mucho, y su última
 aventura no podia menos de serle perjudicial.
 —Estaba predestinado a morir de hambre y de fastidio

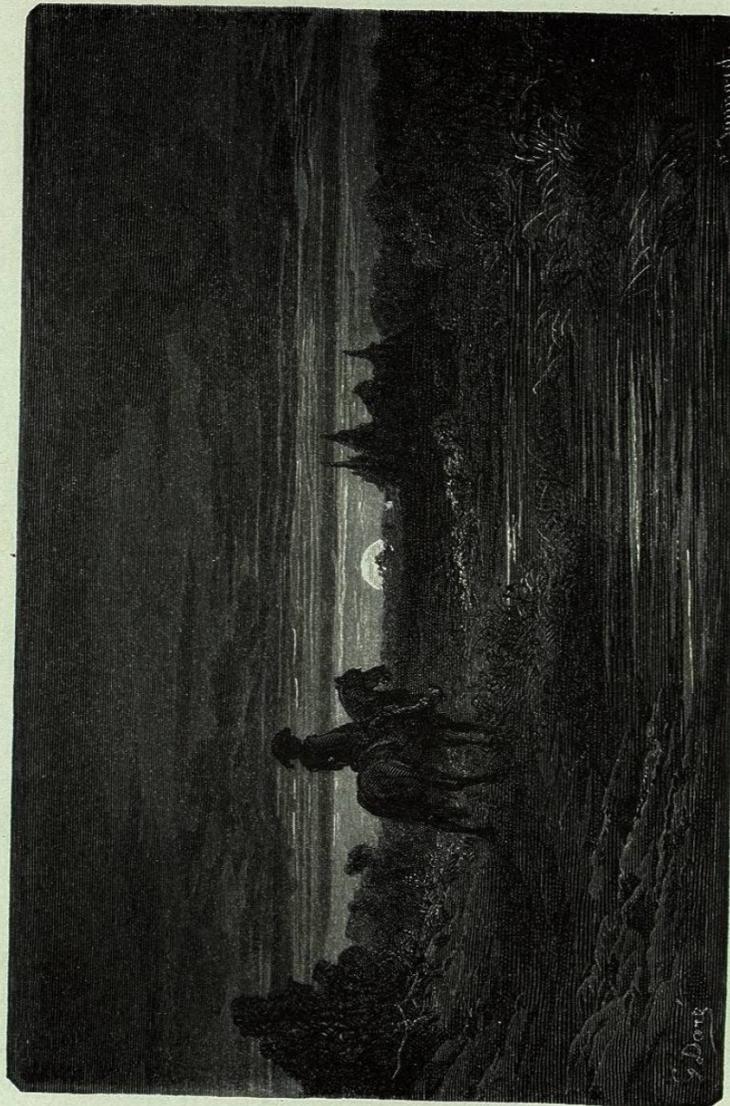
detrás de esos agrietados muros, bajo ese techo á través del cual pasa el agua de las nubes como por los agujeros de una criba,—se decia á sí mismo mientras iba caminando.—Nadie puede esquivar su suerte y yo cumpliré la mia: seré el último de los Sigognac.

Inútil es que describamos *in extenso* el viaje del Baron, que duró unos veinte días y al que no proporcionó aliciente alguno ningun encuentro agradable. Bastará que digamos que al caer de una tarde Sigognac divisó de léjos las dos torres de su castillo, iluminadas por los débiles rayos del sol poniente.

La vista de aquellas vetustas paredes enterneció al Baron; mucho habia sufrido dentro de aquel arruinado castillo, y sin embargo experimentó, al verlo de nuevo, la emocion que nos causa el encuentro de un antiguo amigo de quien la ausencia nos ha hecho olvidar los defectos. Allí su vida se habia deslizado pobre, oscura, solitaria, aunque no sin íntimas satisfacciones, pues la juventud, por la razon misma de que sueña y espera, no puede ser desgraciada del todo. La costumbre de una pena acaba por tener su atractivo, y uno echa de ménos ciertas tristezas más que ciertas alegrías.

Sigognac puso las piernas á su caballo para hacerle apresurar el paso y llegar antes que la noche cerrase.

En medio del profundo silencio que reinaba en la campiña, oíase el ladrido de un perro, que daba al viento su ronca voz como para distraer el fastidio. Sigognac detuvo el caballo para escuchar mejor. Habia creído oír la voz de Miraut. El ladrido fué aproximándose por momentos y pronto se trocó en alegre y reiterado aullido, entrecortado por los saltos de una rápida carrera; Miraut habia venteado su amo, y corría con toda la celeridad que le permitian sus viejas patas. El baron silbó de un modo especial, y algunos minutos despues el bueno y leal perro, abriéndose paso entre las malezas, apareció aullando, gimiendo, exhalando gritos casi humanos. Aunque sin aliento y jadeante, el pobre can saltaba y



AL CAER DE UNA TARDE PERCIBIÓ DE LÉJOS LAS TORRES DE SU CASTILLO.

procuraba encaramarse á la silla para alcanzar hasta su amo, y daba las más extravagantes muestras de alegría canina que jamás haya manifestado animal alguno de su especie. El mismo Argos al reconocer á Ulises en casa de Eumea no experimentó el contento que Miraut. Sigognac se bajó y le pasó la mano por la cabeza para calmar aquella furia simpática.

Satisfecho de la acogida que le habia dispensado su amo, y queriendo llevar la buena nueva á los habitantes del castillo, es decir á Pedro, á Bayardo y á Belzebú, Miraut partió como un rayo y se puso á ladrar de tal suerte delante del anciano criado, que en aquel momento estaba sentado en la cocina, que este comprendió que ocurría algo extraordinario.

—¿Acaso regresaria el señor Baron?—dijo para sus adentros Pedro levantándose y echando á andar tras de Miraut, quien tiraba de él por la orilla de su sayo.

Como la noche habia cerrado del todo, Pedro encendió en el hogar donde se cocia su frugal cena un tizon resinoso, y salió. El rojizo brillo de la tea alumbró súbitamente á Sigognac y á su caballo á la entrada del camino.

—¿Sois vos, señor Baron?—exclamó con alegría el honrado Pedro al ver á su señor;—Miraut me lo habia dicho ya en su lenguaje de perro; pues aquí nos hallamos tan solos que, bestias y personas, no teniendo nadie más con quien hablar, acabamos por comprendernos. Sin embargo como no me habíais prevenido vuestro regreso, temia engañarme; esperado ó no, sed bienvenido en vuestros dominios, donde se procurará festejaros del mejor modo posible.

—Sí, yo soy en carne y hueso, mi buen Pedro, Miraut no te ha engañado; yo, que, sino más rico, vuelvo sano y salvo. Ea, vé delante alumbrando y entremos en el castillo.

Pedro, no sin esfuerzo, abrió las hojas de la carcomida puerta, y el baron de Sigognac pasó por debajo el portal iluminado fantásticamente por los reflejos de la antorcha, á cuyo brillo las tres cigüeñas esculpidas en el escudo de la bóve-